

# Memorias del Nihilista

—m—

*Maikel Iglesias*



Frank tiene 66 años. Escribe, come y se peina a la zurda, y aunque cojea un poco de su pierna derecha —a pesar de su edad—, lee a las dos manos. Su vida está hecha a recortes, sobrevive en el pasado porque antes vivió de quimeras, prefiere el color de los silencios y no el bullicio que acompaña a la rutina y, si no fuera porque hoy es domingo, yo diría que nació un miércoles. Frank Carlos de la Serna, personaje que siempre huyó de mí por parecerse demasiado a mi caricatura.

A juzgar por los moscones que hay en la mesa al maestro vendría a verlo mucha gente, o al menos alguien importante, pero este mísero decorado de la casa es el mismo de todos los días: viejos libros, colillas, fragmentos de comida achicharrada, tazas sucias de café y no por el café, los apaleados muebles del primer matrimonio, un baño que nunca ha visto el agua, el radio marcando la hora y un gato que siempre paga las culpas de esa tinta que se derrama caprichosamente sobre el escritorio del Nihilista. Así firmaba sus primeros libros. Así gastaba su arrogancia en los autógrafos. Eran los tiempos aquellos de impresionar a la crítica con sobrenombres artísticos. Le fue tan mal con el pseudónimo, que todavía se lo sigue diciendo. Corredor de la muerte para los apuntes de sus dinosaurios. Su insomnio a prueba de todas las píldoras y la televisión, le privó la hipótesis de convertirse en ese animalillo eterno, el cual contempla con tal serenidad las cucarachas, que parece que las hipnotiza y luego termina aplastándolas con el mando universal de sus equipos electrodomésticos. ¡Plaff!

Parece que tocan a la puerta, no estoy seguro y sin embargo me levanto, con mis años se confunde todo. Sonidos, silencios. Se hace más fuerte el toque, membrudo, fortachón a todo lo que dan los músculos, quiebrahuesos y sabuesos, rompemuros y canguros. Es un *big bang*; debe ser El César (me digo), echo a un lado los ripios de novela y me dispongo a disfrazarme de anfitrión. Puede que tan sólo sea un espejismo auditivo, pero es que el toque de la puerta es un imán, y mis huesos conservan todavía una virtud magnética.



### Regla # 1:

Detrás de toda metáfora debe haber una intención, o una intuición por lo menos, que estos dos poderíos interiores sean perceptibles o no, puede ser independiente del vigor de la escritura.

### Regla # 2:

Los poetas nunca escriben para nadie, lo hacen para sí mismos, más allá de que se forjen rumiando en las apariciones y desapariciones, como si éste fuera un experto prestidigitador de su propio ego. Uno siempre es el primero en estudiarse. Nadie leerá tus versos antes que tu alma.

### Regla # 3:

Hazte tus propias reglas, si acaso no pudieras, no te vicies en lo ajeno. El plagio es un cáncer maligno. Yo no sé bien que es peor, la ceguera que producen los amores imposibles, o la clarividencia espantosa de los que renuncian a todos los placeres de la Tierra.

Estos y otros cánones minaban su cerebro, saturaban de humo su bóveda craneana. Si alguno de ustedes tuviese el poder suficiente para vislumbrar la iridiscencia de los cuerpos sutiles o eso que denominan el aura de los seres vivos, percibiría algo muy diferente a esos aros dorados que aparecen en las estampitas de los santos, más bien contemplaría una cosa muy oscura en su cabeza, pesada y esférica, semejante a una pelota de fútbol que ha perdido su cuero, justo antes del pitazo inicial de un partido suspendido por relámpagos y una extraña e impertinente lluvia negra. No obstante, él recordaba que aún era domingo, a pesar de que el tedio de esa tarde, lo invitase a naufragar sobre su almohada, como barca que se hunde entre los charcos de la vida; al tiempo en que salían disparados sus papeles desde el cuarto a la despensa y de la sala hasta el baño, y desde allí a su dormitorio por enésima vez, y luego hasta el balcón donde después de renunciar a la romántica idea del suicidio, decidían regresar a su cama; pliegos arremolinados al concurso de un vacío, al capítulo de un miércoles cualquiera y sin remedio, dejándole sin sombra eso que entró por la ventana, haciéndole olvidar que día de la semana pudiera ser hoy. Esa inercia tan estúpida de cuando ya no existe, otra cosa que morir o continuar jodido. Esa broma tan ridícula que fundamenta sus



hipótesis del miasma y la especulación del ser con el mapa cambiado, con el tiempo en pretérito y la libertad imperfecta de los años aquellos que se fueron por el inodoro, el tragante de su cama o de su lavaplatos, tras un tocadiscos, la neblina, sus brebajes, su descompuesta maquinilla de escribir, *Smith Corona*: Elizabeth te amo. Te amo con toda mi muerte. En el techo del piso y viceversa. Sobre el arco de rieles analógicos al desgastar mi vida, el humo y los zapatos. El humo es perdurable, tú tampoco. Yo soy un caníbal, tú tan loca, más caníbal que yo. ¿Quiénes somos? ¿Qué no somos? ¿Acaso el polvo que se escapa sobre el arco iris en su desvergüenza de lesa eternidad? Ese nuestro pasado que no irá a volver, sabe Dios hasta cuántas maldiciones.

Nada nos vendría más bien en este instante que una canción de amor, Elisabeth. Digo nos aunque me encuentre solo en esta cárcel de cemento y de vanas memorias, aferrado a una imagen impresa en blanco y negro, donde trato de buscar a tientas, el elixir más ansiado por nuestra juventud, los eslabones perdidos entre el sueño y la vigilia, una visa rumbo algún país donde no esté prohibido ser nosotros mismos; la esperanza de volver a encarrilar esa generación desperdigada por el mundo, de la cual formamos parte por decreto, como desechos radiactivos de un absurdo experimento subtribal. Generación de los degenerados, quise decir, desheredados; no obstante, a que al resumen de los días, compensemos la miseria de los hombres tras la bancarrota de una libertad soñada, jugando a ser transgéneros mezquinos, travestis de una historia sin historia, fanticos del libertinaje que fabrican los mediocres, corazones plásticos y mentes de chatarra. Solo una gata y la noche son testigos de esta desventura impropia de nuestra existencia, nuestra porque nos caló los huesos, y ajena en realidad porque hasta el sol de hoy, podemos ser de todo menos esas personas en las cuales elegimos convertirnos. Cuando agarro el pedazo de foto que nos queda con mis temblorosas manos, dejando sin sentido su portarretratos, de las pocas reliquias que aún se conservan de nuestro matrimonio; apenas distingo si el hombre que posa junto a ti, tuvo algún parentesco conmigo, o aquella mujer en sus eternos quince mantiene todavía algún lazo de afecto con tu sombra. Por más que intente restaurarla, el ensueño se me torna un vano trámite de migración, seguiríamos estando en esa cartulina sin pies ni cabezas.

Al menos puedo apostar a consolarme con los bustos que tallé luego de recortar nuestras siluetas. Así perfilo mi mejor venganza contra el susodicho tiempo, por todas las penurias





que el maldito nos haría sufrir a diestras y siniestras. Tú y yo sabemos de sobra en esta vida, mi ángel, que una vez que se acaba el néctar del amor, se acabaron los cuentos de caminos, se apagan todos los astros que giran en el universo en nombre de nosotros, los espejos pierden sus últimos azogues, los cristales rayados se destrozan, las botellas vacías se rompen o se cambian por perfumes o paquetes con gomas de mascar, para intentar ponerle algún remedio al mal aliento de los afligidos.

Hay que ver lo idólatra que uno se vuelve, inexcusablemente, una vez que ha llegado esa cosecha en que se esfuma por completo la ilusión. Lo jodido es que el precio que nos cuesta ilusionarnos, suele dejar en ruina el patrimonio básico para sufragar los costos de la desilusión. Aunque sea más breve el proceso, más allá de que nos baste un solo instante para desilusionarnos, la resaca podría extenderse a los confines de la sepultura. Entonces uno se amarra en el recuerdo a cualquier balsa endeble, flotando sobre una marea oscura de pastillas y ansiedades, con la esperanza puesta en un milagro que le ayude a largarse para siempre de su tierra. Quizás el angustiado ser enchufe su cabeza en la nostalgia de una virtual discoteca, donde asume el karaoke y el baile de máscaras como un salvavidas, pero nada de esto evitará la pena en su mundo interior; o acaso desee tatuarse con muchos colores, un mapa de las islas del Tesoro o de la Atlántida, mientras más alusivo al arcoíris, menos dolorosa le resultará la angustia y los impulsos de flagelación humana. Es mejor imprimirse en el cuerpo, aunque fuera sin previa anestesia, una foto de los héroes que agonizan en los libros, entretanto, procuran defender aquellos mitos derruidos por el peso de los siglos, antes que aceptar callado el genocidio de todos los sueños.

Por eso clamo a los vientos una melodía redentora, amor. ¡Qué falta nos hace bailar al ritmo de un canto sublime! Sé que tengo mis piernas intactas y el corazón en el sitio en que dispuso la Naturaleza, pero sin ti no puedo, mi alma. Hemos vuelto a aquellas épocas en que el escándalo, consigue más afiliados que la verdadera música. La gente dona su sangre para vivir del alboroto. A río revuelto, ya sabe el pez más chico el gran anzuelo que le espera. Sin comentarios. Es más vulgar que tenga que acabar sus días atrapado en una red, dirán los melancólicos ecologistas. Sin embargo, las alarmas encendidas ya se hicieron tan normales, que el silencio genera pavor en las urbes. El ruido es el máximo líder que tienen los vampiros, el Sumo Pontífice de los chupacabras.



Sin darnos cuenta, nos va desangrando con sus maniobras estridentes. No solo queda al desnudo en esta época, que el alarido representa la manera óptima de defensa personal, sino que puede divertir a más de medio mundo hasta dejarlo atónito, lerdo, ciego, sordo, afónico. Nada vale que clausure las ventanas o blinde nuestro cuarto con esmero, Elisabeth, los ruidos taladran las paredes del apartamento y nos dan con sus mandarrias en los tímpanos. Sigo repitiendo nos como si todavía estuvieras aquí. La costumbre siempre acaba por tomar el control de nuestras riendas. Me cuesta demasiado caro mandar a la porra tus últimos recuerdos. Me resulta imposible desprenderme de tu foto, con los discos de acetato sí que no tuve compasión alguna, los tiré por la ventana en un arranque de ira. Ya es víspera de Santa Bárbara, y no consigo escuchar los tambores que al bembé nos convocaban en la infancia, aunque fuésemos un tanto incrédulos los dos. Siento tan lejanas nuestras burlas ingenuas ante los rituales de los poseídos, una vez que la corriente generada por los cantos y repiques los tumbaban en el piso; según tu abuela, montados por jinetes ancestrales, espíritus guerreros que tenían por encargo cuidar de las familias. Para nosotros, solo fantasmas temibles, individuos extraños, semejantes a quienes se desploman luego de un arrebato de epilepsia y arrojan babas con sangre en el suelo. Tan confusa se nos reveló su jerga, que hoy no sé si reíamos por extrañeza o pánico, lo cierto es que yo sigo aún sin comprender el verdadero trasfondo de sus moralejas; ahora mismo deseo escapar de estas memorias, cavando un túnel por las noches en el edificio, que me lleve hasta el mar o a la nada. Me he dado por vencido desde que perdí tu rastro. Pego fuerte con mis puños sobre el hormigón, tratando de que mi cólera se canalice, y muy poco consigue mi soberbia en tal sentido, ni siquiera nuestra gata me consiente el trance. Está de moda discutir en el lenguaje que lo hacían los posesos, mutilarse los recuerdos en una peluquería o en plena jornada laboral. Solo que estos fantasmas de turno, son más improvisados y tediosos que los otros, puesto que se montan con cualquier barullo y hacen cada vez más cortos y apretados el diseño de sus ropas para disimular sus ignorancias. Dicen que en la noche todos los gatos son pardos, y en los tiempos de crisis, se desenmascaran las verdades más auténticas del mundo; pero a mí me parece indiscutible, que estos individuos a remolque de la nueva era, se han acostumbrado tanto al camuflaje diurno, que solo los aires de la madrugada los convidarán a ser, lo que ellos en definitiva anhelan realizar. Se han invertido a niveles estratosféricos los significados de muchas palabras, y los refranes que conforman nuestra herencia, ya no ilustran las virtudes con las que se crea el bienestar humano. Así es que, si en verdad quiero salir inadvertido de esta euforia



colectiva, tengo que cavar el túnel con mis propias manos, a plena luz del día y sin misericordia. La gente está tan absorta en sus cuestiones, que jamás advertirían los estruendos, mucho menos mi ausencia ni la tuya; tus uñas afiladas de felino harán menos evidente la perforación. Son torpes mis manos, ya lo sé. Aunque esta tierra representa el prototipo de un ring, los guantes no son siempre la herramienta idónea. Anímate a escapar conmigo, gata. ¿Elisabeth? Algo me dice que ella está esperándonos al otro lado del túnel. Creo que, a lo sumo, los vecinos atribuirán las vibraciones al aumento de la actividad sísmica derivada del calentamiento global. Van a justificar los estropicios con sus teorías acerca del deshielo. Ahora que los polos se despolarizan. Están ebrios con las propagandas y el fenómeno del cambio climático. Me consta que muy pocos en el vecindario, fueron tan serviciales como Lisa y tú, y ya casi nadie se acuerda de ella. A nosotros, nos saludan por inercia, a veces nos miran, pero nunca nos ven. A ninguno de los dos nos ponen en sus listas de invitados. Apuesto una botella de aguardiente que, en la próxima Nochebuena, tampoco nos tendrán en cuenta. ¡Trato hecho! Somos demasiado pobres, viejo. Tal vez deba vender nuestra casa y comprar una pequeña finca en la montaña. Con la plata que nos den de vuelta, podremos adquirir una vaca lechera, y un toro bien potente para hacer la cría. Yo sé bien que esa idea te parece loca, porque somos dos animalejos enganchados al ajetreo urbano. Más allá del bullicio infernal, que se ha impuesto en la radio desde que la musa nos abandonó. Ambos seguimos creyendo en una melodía redentora. Somos dos románticos empedernidos, para muchos, ingenuos. Pero sé que debo ser humilde y tararear el estribillo de ocasión, aunque, a fin de cuentas, esto sea menos venturoso que bailar con la más fea del carnaval. Pliego a pliego se aprende a vivir con humildad, y por supuesto, se despliega la existencia en toda su grandeza. ¡Cantemos juntos alguna de esas baladas que a ella tanto le gustaban, Minina! ¡Vamos, Misu! Por más que tú y yo nos desvelemos esta noche, estoy seguro que en la radio no van a poner su canción preferida. Tal vez la música nos lleve al éxtasis, o al menos nos conceda la esperanza de pensar que nuestra chica está a punto de volver. Dejemos abierta la puerta y todas las persianas a la espera de un milagro. Nadie nos puede robar la ilusión que no tenemos. Debe haber alguna recompensa tras el hecho de girar como un demente el pedazo de foto sobre el tocadiscos, tal si se reprodujera en él, un villancico improvisado por la navidad. Es inútil lamentarse por los discos que arrojé en mis berrinches, estaban llenos de rayones casi todos, te alegraba jugar con ellos mientras yo me deprimía oyéndolos en mi cabeza, a cero revoluciones por minuto. Fue esa la razón principal para



que me deshiciera de ellos. Sin embargo, a pesar de mi sordera voluntaria contra el bombardeo atroz del vecindario, las bocinas del fonógrafo me pegan con todo sus demencias y caprichos, basuras que la moda quiere proponerme como melodías auténticas, en lugar de las baladas que me enamoraron de ella. No sé por qué diablos esto ocurre en nuestro apartamento, cuando todos los santos y el copón divino saben, que yo tengo el tocadiscos desconectado en señal de luto por Elisabeth.

¿Por cuáles rendijas se nos cuelan los retumbos? La mezquindad espiritual de estos tiempos no da tregua. Tener sexo en una parada de autobús da lo mismo que en un parque. Se convierten los portales en confesionarios públicos. El escándalo nos ronda, aunque no nos haga gracia. Todos se ponen de acuerdo para quitarme la cera de los oídos con sus cabos de martillos. No tiro el tocadiscos contra la pared por lástima, me niego a hacerle culto a este aquelarre. Es el ruido el primer síntoma de que me faltas, y el silencio está en peligro de extinción en nuestra tierra. Si un milagro echara a andar este tareco. Ojalá el viento reanimase nuestro idilio, con una bella zarzuela o un aria celestial. Fíjate que continúo mencionando nuestro, y aún no tengo para nada claro, a cuál tipo de heredad o desamparo, se refieren mis congostas. Entre tantos suspiros, el alma se nos queda sin resuello. Ya no puedo ni siquiera silbar. Soy un hombre que se rinde a los pies de estas lunas de invierno.



Si te ha gustado este fragmento y quieres apoyar el proyecto de la publicación de esta obra, reserva tu ejemplar

**RESERVAR**

